



PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
XV JORNADA DE REFLEXIÓN
UNIVERSITARIA - 2023

DOCUMENTOS Y PROPUESTA
DE CONVERSACIÓN



Pontificia Universidad
JAVERIANA
Bogotá



Pontificia Universidad
JAVERIANA
Bogotá

Gran Canciller

P. Arturo Sosa Abascal, S. J.

Vice-Gran Canciller

P. Hermann Rodríguez Osorio, S. J.

Rector

P. Luis Fernando Múnera Congote, S. J.

Vicerrectora Académica

María Adelaida Farah Quijano

Vicerrectora de Investigación

Astrid Liliana Sánchez Mejía

Vicerrector de Extensión y Relaciones Interinstitucionales

Andrés Rosas Wulfers

Vicerrector del Medio Universitario

P. Libardo Valderrama Centeno, S. J.

Vicerrector Administrativo

Víctor Manuel Sierra Naranjo

Secretario General

Jairo Humberto Cifuentes Madrid

EQUIPO COORDINADOR

Jairo Humberto Cifuentes Madrid

Secretario General

Ángela María Calvo de Saavedra

Profesora Emérita de la Facultad de Filosofía

Marisol Cano Busquets

Decana de la Facultad de Comunicación y Lenguaje, 2014-2023

Sandra Patricia Romero Velásquez

Directora del Centro para el Aprendizaje, la Enseñanza y la Evaluación (CAE+E)

Carolina Jaramillo Correa

Directora de Asuntos Estudiantiles

Andrés Giuseppe Barbato Zarama

Asistente de la Vicerrectoría del Medio Universitario

Jorge Alberto Silva Rueda

Secretario de Planeación

Contenido

Presentación de la XV Jornada de Reflexión Universitaria	5
Apertura de la XV Jornada de Reflexión Universitaria	II
<i>P. Luis Fernando Múnera Congote, S. J.</i>	
La relación profesor-estudiante como vínculo educativo.	
Algunas pistas para pensar entre todos	14
<i>P. Vicente Durán Casas, S. J.</i>	
Sobre la conversación	18
<i>Ángela Calvo de Saavedra</i>	
RELATORÍAS DE LA XV JORNADA DE REFLEXIÓN UNIVERSITARIA	
Tomémonos un tiempo	25
El ejercicio del poder en la relación profesor-estudiante	35
Potencialidades y riesgos de la tecnología	41
Una mirada relacional del cuidado	47
La incidencia de las realidades institucionales, socioeconómicas, ambientales, culturales, espirituales, de género y políticas en la relación profesor-estudiante	52
Relatores	58
AMPLIAR LAS VOCES DE LA CONVERSACIÓN	59



Pontificia Universidad
JAVERIANA
Bogotá

Reservados todos los derechos
© Pontificia Universidad Javeriana

Bogotá, diciembre de 2023

Editorial Pontificia Universidad Javeriana

Carrera 7.^a n.º 37-25, oficina 1301, Bogotá

Edificio Lutaima

Teléfono: 3208320 ext. 4205

www.javeriana.edu.co/editorial

Corrección de estilo

Ruth Romero Vaca

Diseño y diagramación

Kilka Diseño Gráfico

Pontificia Universidad Javeriana. Vigilada Mineducación. Reconocimiento como universidad:
Decreto 1297 del 30 de mayo de 1964. Reconocimiento como personería jurídica: Resolución
73 del 12 de diciembre de 1933 del Ministerio de Gobierno.

Prohibida la reproducción total o parcial de este material sin la autorización por escrito
de la Pontificia Universidad Javeriana.

Presentación de la XV Jornada de Reflexión Universitaria

Elección de la temática

Para la preparación de la Jornada de Reflexión Universitaria se ha propuesto, como punto de partida, el conversatorio con el padre general Arturo Sosa, S. J., en la Pontificia Universidad Javeriana cuyo tema central fue *¿Qué universidad para qué país?* (celebrado el 22 de junio de 2023).

Como institución en permanente evolución y cambio nos corresponde reflexionar sobre las transformaciones que requiere la universidad para dar respuesta a las exigencias del contexto social actual. Por ello, para abordar la pregunta formulada por el padre general, es necesario pensarnos como universidad, de manera amplia, desde lo que es inherente a nuestra institución: la docencia, la investigación, el servicio, los programas, la internacionalización, la regionalización, los y las estudiantes, la formación integral, entre otros aspectos propios de nuestro quehacer. De igual manera, esta pregunta nos invita a reflexionar y debatir sobre los múltiples cambios sociales, políticos, económicos, y sobre los nuevos escenarios culturales y comunicativos que se han dado en los últimos años y que han incidido en las transformaciones de la educación superior.

A partir de los procesos formativos en la universidad, y con el propósito de abrir espacios de diálogo sobre el contexto actual de la universidad y su influjo en el contexto nacional, consideramos oportuno acotar la discusión sobre la pregunta inicial y reflexionar acerca de lo que concebimos como el núcleo fundamental de nuestra comunidad educativa: la relación profesor-estudiante.

Objetivo de la Jornada:

Propiciar diálogos sobre cómo estamos viviendo la relación profesor-estudiante, que nos permitan como universidad tener comprensiones sobre esta relación y sus desafíos, y con ello generar insumos para el ciclo de la Planeación Universitaria 2024-2028.

Contexto

Al tomar como punto de referencia para este ejercicio el proyecto educativo de la universidad, encontramos tres pilares fundamentales de la relación profesor-estudiante¹ para la formación integral:

1. La comunidad educativa crea el medio universitario propicio para la formación integral de las personas que hacen parte de ella.
2. Un concepto de educación que exalta la reciprocidad comunicativa, la producción corporativa del saber y la praxis autoformativa. Todos aprendemos y nos formamos a través de nuestras interacciones.
3. La formación integral, entendida como un proceso mediante el cual el estudiante no solo se forma en competencias académicas y desarrolla sus capacidades profesionales y disciplinares, sino que además se integra como un individuo crítico, reflexivo y con una visión ética que lo interpela frente a la diversidad de contextos políticos, culturales y sociales.

Las transformaciones del contexto y las capacidades de adaptación a estas por parte de profesores y estudiantes ocurren de maneras diferentes. Las necesidades formativas, dada la pluralidad de intereses, llegan a ser tan diversas que generan una brecha que parece ampliarse

1 Pontificia Universidad Javeriana, Proyecto Educativo, Acuerdo n.º 0066 del Consejo Directivo Universitario, 22 de abril de 1992.

cada vez más. El lugar desde el cual se leen o se escuchan los signos de los tiempos parece distanciarse más que antes y a mayor velocidad.

Nos corresponde como universidad reconocer los encuentros entre estudiantes y profesores como escenarios concretos de formación integral, pues “el núcleo de la comunidad educativa Javeriana es la relación profesor-alumno”.² Lo anterior es posible gracias a que los estudiantes son agentes de su propia formación y aportan “al proceso educativo y a la vida universitaria la peculiaridad de sus tradiciones culturales, su sensibilidad y la fuerza renovadora propia de su generación y de su situación en el proceso de la vida”.³

En la relación profesor-alumno, los profesores aportan su competencia académica, basada en su formación disciplinaria o profesional y en su experiencia; se enriquecen con los avances de las ciencias, las tecnologías y el diálogo de culturas propias y foráneas;⁴ e inspiran, motivan y acompañan a sus estudiantes.⁵

A la luz de la noción de *cura personalis*, es relevante reconocer la disyuntiva entre lo que los estudiantes esperan recibir por parte de la universidad y lo que la universidad puede y debe ofrecer, no solo en términos de sus programas académicos, sino en el marco del acompañamiento y de la formación integral. Esto último es posible, en el caso de la labor formativa que realizan los profesores, debido a su compromiso con la docencia, la investigación y el servicio, así como a su reconocimiento de las circunstancias propias de los tiempos, los lugares y las personas.

2 *Ibíd.*

3 *Ibíd.*, n.º 21.

4 *Ibíd.*, n.º 22.

5 Pontificia Universidad Javeriana, Reglamento del profesorado, n.º 9.

Insumos para los diálogos

Para abordar los retos actuales de la relación profesor-estudiante, se ha considerado relevante tener en cuenta las siguientes dimensiones:

- a. Buscar que los estudiantes logren competencias disciplinares y profesionales; que comprometan todas sus capacidades en la búsqueda de la excelencia académica, y que adquieran la capacidad de articular sus conocimientos con otros saberes y sus propios valores.
- b. Desarrollar hábitos reflexivos, críticos e investigativos que les permitan formarse esquemas básicos de vida y mantener abierta la voluntad de indagar y conocer. Aprender a discernir el sentido de los procesos históricos locales y universales, así como el valor de modelos y proyectos que intentan transformar situaciones concretas.
- c. Desarrollar la creatividad mediante desafíos que permitan escudriñar la novedad, los conflictos, los usos constructivos de la adversidad y el valor de las dimensiones estética y lúdica del ser humano.
- d. Promover una visión ética del mundo comprometida con el respeto de los derechos humanos, el cumplimiento de los deberes, la participación política, la realización de la justicia y la protección y el mejoramiento de la calidad de vida.
- e. Asumir que las decisiones tienen efectos en las personas y, de manera especial, en las víctimas de la discriminación, la injusticia y la violencia; formarse para una mayor libertad y responsabilidad social, como un ser humano para los demás.
- f. Vivir opciones de trascendencia, madurar la fe como opción vital y libre en la transformación de la realidad a la cual pertenece.
- g. Reconocer, respetar y valorar la diversidad; pues no existe una única manera de ser y de estar en el mundo.
- h. Propiciar un auténtico diálogo dentro de cada generación y entre las generaciones. Muchas generaciones conviven al mismo tiempo y

perciben de manera diversa lo que es, debe y puede ser la vida humana plena.⁶

- i. Fomentar la inculturación, como conciencia crítica de la propia cultura; la multiculturalidad, como reconocimiento de la cultura de otros; y la interculturalidad, como enriquecimiento de la propia cultura en diálogo con otras.⁷
- j. Promover la cultura democrática entendiendo que somos “ciudadanos conscientes, libres, con ideas plurales, capaces de dialogar y tomar decisiones en el horizonte del bien común que hacen posible una política que lleve a la justicia y contribuya a la vida plena de los seres humanos en armonía con el medio ambiente”.⁸
- k. Aprender la comunicación como un encuentro, como una apertura a los otros y lo otro, al reposo y al diálogo, que contrasta con el ensimismamiento, la persistencia en los propios puntos de vista, la ausencia de la escucha y el control. Ese diálogo comunicativo “necesita ser enriquecido e iluminado por razones, por argumentos racionales, por variedad de perspectivas, por aportes de diversos saberes y puntos de vista”.⁹
- l. Comprender que en la relación profesor-estudiante tiene incidencia esta época en la que las relaciones personales y sociales están cada vez más mediadas por el internet y por las tecnologías, por los dispositivos y las pantallas, por las interacciones en las redes sociales, cuyo potencial de diálogo no resulta necesariamente en una comunicación democrática, y en la que el cúmulo abrumador de información instantánea y vertiginosa, la circulación desbordada de mentiras e

6 Arturo Sosa, S. J., “Discerniendo el presente para preparar el futuro de la educación universitaria de la Compañía de Jesús”, International Association of Jesuit Universities, Boston, agosto de 2022.

7 Arturo Sosa, S. J., “La Universidad, fuente de vida reconciliada”, International Association of Jesuit Universities, Bilbao, julio de 2018.

8 Arturo Sosa, S. J., “Discerniendo el presente para preparar el futuro de la educación universitaria de la Compañía de Jesús”, International Association of Jesuit Universities, Boston, agosto de 2022.

9 Francisco, “Encíclica *Fratelli tutti* sobre la fraternidad y la amistad social”, 211.

información no confiable y el tecleo de mensajes rápidos y ansiosos terminan afectando “la estructura básica de una sabia comunicación humana”,¹⁰ el conocimiento y los aprendizajes.

Desarrollo de las conversaciones

Luego de la sesión de apertura de la jornada, y de las reflexiones iniciales por parte de los participantes en torno a los grandes desafíos que se abordarían, se definieron las cinco preguntas que servirían de orientación para las conversaciones que se iban a llevar a cabo en los tres días que duraría el encuentro:

- ¿Cuáles de las dimensiones de la relación profesor-estudiante en la PUJ no se están cultivando lo suficiente para poder realizar nuestro proyecto de formación integral?
- ¿Qué formas de ejercicio del poder se viven hoy en la PUJ en la relación profesor-estudiante y qué reflexiones nos suscitan estos ejercicios de poder en el marco de la formación integral?
- En entornos altamente digitalizados, ¿qué potencialidades y riesgos de las tecnologías identificamos en la relación profesor-estudiante?
- ¿Cómo materializar el cuidado, la reciprocidad comunicativa y la corresponsabilidad en la relación profesor-estudiante en el contexto actual?
- ¿Cómo las realidades institucionales, socioeconómicas, ambientales, culturales, espirituales, de género, políticas, entre otras, inciden en la relación profesor-estudiante en la PUJ?

¹⁰ *Ibíd.*, 49.

Apertura de la XV Jornada de Reflexión Universitaria

P. LUIS FERNANDO MÚNERA CONGOTE, S. J.

RECTOR

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA

Las jornadas de reflexión universitarias se han convertido en una tradición, son un ritual de nuestra comunidad universitaria. Allí, un grupo pequeño, pero significativo, hace una pausa de la cotidianidad para el encuentro; un encuentro que busca construir y tejer lazos entre nosotros, conocer y reconocernos y, con metodologías vividas, generar conversaciones y pensar juntos la universidad.

La posibilidad que existe del encuentro mediado por tecnología nos ha llevado a preguntarnos también por el sentido del encuentro presencial. Hemos aprendido mucho, pero nos queda todavía bastante por aprender de las interacciones mediadas por tecnología. Esta jornada la hemos concebido en un formato híbrido, que nos permita también aprender de estas formas de interacción.

La jornada que empieza hoy pedirá un trabajo previo al encuentro presencial, para que en Melgar podamos “perder un poco de tiempo encontrándonos simplemente”. Más allá de las reflexiones que podemos producir, nos ha parecido importante propiciar algunos espacios gratuitos para compartir.

El tema que nos congrega está enmarcado en una pregunta más amplia: *¿qué universidad para qué país?* Estamos viviendo dinámicas sociales complejas que en muchos de nosotros despiertan temores e incertidumbres. Estas dinámicas han afectado la calidad de la democracia

y de la ciudadanía, donde los ciudadanos privados de espacios de deliberación sobre los temas que los afecta se reducen a ser observados y o a ser consumidores.

Las dinámicas y los lenguajes del mercado han colonizado el conocimiento y sus formas de producción, circulación y uso. Parecería que hoy estamos demasiado lejos de aquellas corporaciones de profesores y estudiantes que se reunían en torno al saber, para pensar libremente y buscar el placer de conocer. No podemos perder de vista este ideal, aunque sabemos que hoy el conocimiento moviliza muchas cosas más.

Como nos lo recordó la profesora Ángela en su presentación en la conversación que abre estas reflexiones, la relación universidad-sociedad es compleja y paradójica. Tenemos que ser sensibles al contexto y más dinámicos y, a la vez, tenemos que tomar distancia crítica para pensar e imaginar algo distinto: la mirada hacia lo alto y los pies en la tierra.

¿Qué le puede hoy aportar la Pontificia Universidad Javeriana a este país?

Para empezar a construir una respuesta, hemos decidido honrar y desplegar un rasgo central de nuestra identidad: la relación profesor-estudiante en el marco de la formación integral. Dedicaremos esta jornada a conversar sobre ello con un grupo de profesores y estudiantes, en un ejercicio que pedirá de nosotros reflexión y escucha, un ejercicio que envuelve la razón y el corazón.

Mi propia experiencia como estudiante y profesor me ha enseñado que en la calidad de los encuentros se pone en juego mucho de lo que llamamos aprender y formar. El reconocimiento y la mirada benevolente de aquellos que admiro por su saber me han abierto muchos caminos y, por el contrario, el sentimiento de desprecio me cierra la curiosidad y el deseo de aprender.

Mis maestros son aquellos que me han regalado sus conceptos para darle nombre a mis intuiciones y experiencias, aquellos que han escuchado con genuino interés mis, muchas veces, ingenuas preguntas. En la relación con mis maestros he ganado el valor de pensar por mí mismo y de decir lo que pienso.

Como profesor he tenido muchas experiencias de diverso tipo, con gente joven y algunos mayores. Es difícil describir lo que se siente cuando tus palabras abren la mirada curiosa de tus estudiantes, cuando después de clase se despiertan conversaciones, cuando un trabajo o una explicación muestra que tu estudiante ha ampliado sus horizontes para ver las cosas con más matices y colores. Esto pasa en diversos contextos y con distintas mediciones [...], esa chispa se enciende de muchas maneras.

En los últimos meses he conversado con algunos antiguos estudiantes, y me sorprende que ellos recuerden detalles que para mí han pasado inadvertidos. Un egresado de Ciencias Políticas me recordó que al empezar nuestro curso de segundo semestre les dije que el primer módulo giraría en torno a la pregunta por el vínculo social [...]. Hemos tenido reflexiones muy significativas con grupos más adultos, haciendo reflexiones éticas, con preguntas que tocan su vida y su práctica profesional.

He querido aportar un poco de mi experiencia personal, pero sé que cada uno de ustedes tendrá también mucho que decir y reflexionar en esta relación tan particular que se establece entre el profesor y el estudiante, relación mediada por el conocimiento en la que se propicia el cultivo de la humanidad, eso que nosotros llamamos una formación integral.

Los invito a que nos tomemos muy en serio esta aventura de encontrarnos y escucharnos. Las conclusiones de estas conversaciones servirán de insumo para la comprensión de nosotros mismos y para proyectar la universidad en los próximos años.

La relación profesor-estudiante como vínculo educativo. Algunas pistas para pensar entre todos

P. VICENTE DURÁN CASAS, S. J.

RECTOR DE LA SECCIONAL DE CALI
PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA

I. Los seres humanos nos relacionamos de muchas formas entre nosotros, por ejemplo:

Relaciones comerciales: cuando dos o más personas o instituciones hacen un negocio, cada uno se coloca en una posición en la que elige algo para obtener un beneficio o cumplir un objetivo.

Relaciones políticas: cuando las relaciones definen el poder que se le entrega o se le reconoce a alguien, un partido, una agrupación, etc.

Relaciones profesionales: cuando se confía en la formación o experiencia de alguien, sea una persona o una empresa, para la prestación de un servicio (médico, ingeniero, arquitecto, sacerdote, psicólogo, educador, etc.).

Relaciones familiares: la relación suele basarse en vínculos afectivos o emocionales arraigados muy profundamente en el ser humano.

Relaciones de pareja: cuando hay atracción física, psicológica y emocional hacia otra persona con quien se desea compartir también la intimidad, la sexualidad, conformar una familia y también la vida cotidiana.

Relaciones de amistad: son muy diversas. Aristóteles dice que hay tres tipos de amistad: por placer, por utilidad y la amistad verdadera o amistad de la virtud.

II. La tecnología ha transformado todas esas relaciones, y esa transformación tiene caras positivas y otras no tanto. Como todo: depende de cómo se use.

En el campo educativo, el uso de las últimas tecnologías es fundamental, no solo porque los estudiantes tienen que conocerlas para saber utilizarlas, sino porque ellas mismas modifican las formas tradicionales de relación profesor-estudiante (lo mismo que las relaciones médico-paciente en la telemedicina).

Una herramienta ignaciana: el discernimiento.

Pregunta: ¿a qué debemos estar atentos en la Javeriana para evitar que las nuevas tecnologías desfiguren la relación profesor-estudiante que queremos mantener?

III. Racionalidad estratégica y racionalidad comunicativa: Karl-Otto Apel y Jürgen Habermas y la ética del discurso (*Diskursethik*)

La educación es algo que, como diría J. L. Austin, consiste en “hacer cosas con palabras” (*Doing things with words*). Habermas y Apel dirían que es una “acción comunicativa. Es decir, es una manera de establecer relaciones entre discurso y acción”.

De cara a la relación entre discurso y acción (lo que decimos y lo que hacemos), en las sociedades contemporáneas se vislumbran dos tipos de racionalidad: la estratégica y la comunicativa

Racionalidad estratégica. Las relaciones entre personas se apoyan en ella de cara a las decisiones sobre las acciones. ¿Qué hacer para lograr los fines que ya hemos elegido? Esa es la pregunta que orienta esa racionalidad estratégica, que busca conseguir fines elegidos por las personas y por los grupos sociales. Las teorías de la decisión racional tienen lugar aquí.

Racionalidad comunicativa. Esta aparece en los discursos argumentados que buscan construir consensos en medio de las diferencias filosóficas, religiosas, éticas y políticas. En esa racionalidad se desarrollan acciones orientadas al entendimiento entre personas y grupos que tienen diferentes puntos de vista. Lo importante es comunicarse a partir de actitudes que realmente busquen comunicar más que convencer, y eso no es muy frecuente. Esta racionalidad permite el encuentro y el consenso en medio de la diferencia

Pregunta: en la relación profesor-estudiante, ¿cuál es el tipo de racionalidad que prevalece o debe prevalecer?

IV. Siete ideas de Kant, tomadas de su libro *Sobre pedagogía* (1803)

1. “El hombre es la única criatura que tiene que ser educada”.
2. “Un animal es todo ya por su instinto; una razón extraña ha cuidado ya de ello en lugar de él. Pero el hombre necesita de su propia razón. No tiene instinto, y tiene que hacerse el plan de su conducta”.
3. “El hombre sólo por la educación puede llegar a ser hombre. No es nada más que lo que la educación hace de él. Hay que notar que el hombre es sólo educado por hombres, hombres que, a su vez, están educados”.
4. “La educación es un arte cuya ejecución tiene que ser perfeccionada por muchas generaciones”.
5. “Es el hombre el que tiene que desarrollar sus aptitudes para el bien; la Providencia no las ha puesto en él totalmente terminadas: son meras aptitudes, y sin la distinción de la moralidad”.
6. “Son dos las invenciones de los hombres que se pueden considerar las más difíciles: la del arte de gobernar y la del arte de educar”.
7. “El hombre puede ser o solamente adiestrado (*dressiert*), amaestrado (*abgerichtet*), instruido mecánicamente (*mechanisch unterwiesen*), o realmente ilustrado (*aufgeklärt*). Se amaestran perros,

caballos y se pueden amaestrar también hombres [...]. Con el adiestramiento, sin embargo, no se ha logrado el objetivo; sino que se trata sobre todo de que los niños aprendan a *pensar* [...]. Se ve, pues, que en la auténtica educación hay que hacer mucho”.

Esforcémonos en construir un modelo nuestro, muy javeriano, de relación profesor-estudiante, que no sea tomado de ningún otro tipo de relación, en el que predomine una racionalidad comunicativa, en la que cada sujeto pueda reconocerse, tanto en la construcción de la verdad científica como en la construcción de consensos sociales y políticos.

Sobre la conversación*

ÁNGELA CALVO DE SAAVEDRA

PROFESORA DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA

En estas breves palabras de apertura a un encuentro para conversar, quiero motivarlos al ejercicio de esta práctica que, si bien es la forma natural humana de relacionarnos con el mundo y con los otros para pensar el presente, recordar el pasado e imaginar el futuro, ha dejado de ser habitual en la sociedad narcisista del rendimiento y del olvido de la alteridad.

En el reciente conversatorio sostenido con el P. Arturo Sosa, S. J., General de la Compañía de Jesús, nos centramos en la idea de una universidad que escucha. Esta idea hace eco de las provocadoras palabras del papa Francisco sobre la educación, sintetizadas en esta afirmación: “La misión de la universidad es quizás la de formar poetas sociales, coreógrafos sociales, que imaginan una danza de la cual nadie es excluido”; así mismo, de las ideas expresadas por el P. Luis Fernando Múnera, S. J., en su discurso de posesión como rector de la Pontificia Universidad Javeriana y en varias de sus intervenciones públicas, que sitúan como centro de la vida universitaria la comunidad de profesores y estudiantes.

Escuchar, como disposición consciente, implica el tiempo de la demora, del cuidado, de la disponibilidad curiosa y abierta a la perspectiva del otro; es el punto cero del despliegue de nuestra competencia comunicativa, el dispositivo para que el otro tenga el coraje de expresarse; una práctica que transforma su anhelo en voz y propicia el encuentro desde la mutua vulnerabilidad, suelo de nuestra humanidad común.

* Reflexión introductoria a la Jornada de Reflexión Universitaria, Pontificia Universidad Javeriana, Melgar, agosto 16-18 de 2023.

El actuar comunicacional, orientado al reconocimiento recíproco y al entendimiento, es el único poder no violento con el que contamos los seres humanos para coordinar la acción; es la promesa libertaria del humanismo ilustrado, el uso público de la razón para tornar habitable el mundo. Potenciarlo dentro de las instituciones educativas constituye la fuerza de la esperanza y el hilo que teje la confianza, desde la cual se gana la convicción de que todos y cada uno, como advierte la ya famosa entre nosotros parábola del colibrí, tenemos algo que aportar en la construcción de lo común, la comunidad, en tanto nos reconocemos unos a otros como interlocutores válidos.

Ahora bien, la conversación es ese sutil y delicado vaivén, esa oscilación de la escucha y el habla que se suscita en el encuentro, en la presencia del otro diferente, cuando nos anima un mundo de la vida cotidiana compartido y un horizonte para la acción concertada: en nuestro caso, el campus universitario y un ideal de formación.

El mundo de la vida cotidiana es el contexto desde el cual hablamos, es el horizonte virtualmente infinito de significaciones anterior a toda teoría, complementario a la práctica comunicativa, porque ese mundo solo se da a cada uno en perspectiva, de manera que ampliar nuestra lente de mirada solo es posible mediante la escucha de otras perspectivas. Es precisamente en el diálogo que descubro que soy parte esencial de ese mundo, pero yo no soy el mundo.

En ese horizonte de sentido que se configura a partir de la multiplicidad de voces, los sentimientos morales, las vivencias y las experiencias concretas nos sirven de indicadores, de sensores para detectar aquello que nos afecta, y como fuentes motivacionales con vocación comunicacional. Desde la sensibilidad moral nos abrimos a comprender a todo otro diferente en su diferencia, es decir, como interlocutor válido. Es crucial valorar los sentimientos morales en su papel de hacer visible la injusticia, la exclusión, el menosprecio, el abuso del poder. Desde ellos cobra voz la denuncia y la resistencia que, al ser expresada y comparti-

da, va ampliando el ámbito de la sensibilidad, la hace progresivamente más pública y la pone en alerta sobre nuevas problemáticas acuciantes: ambiental, de género, cultural, étnica. Las vivencias conversadas nos permiten percibir y conmovernos ante la manifestación y expresión de los sentimientos de quienes viven la experiencia de las distintas formas de invisibilización, discriminación y negación de sus derechos.

Es justamente el desconcierto, la perplejidad, la crítica, la censura, la protesta, la pregunta *¿por qué?*, la que da origen y fuerza a la conversación, al primer nivel –hermenéutico– de comprensión que va creando grupos solidarios desde los cuales se gesta y propicia el reconocimiento recíproco en la diferencia y un modo de vida en el cual todos y todas nos asumimos como interlocutores únicos y especiales. Sin esa intersubjetividad del comprender, ganada solo en la conversación, es imposible la objetividad del saber, como sostiene J. Habermas, autor de la teoría del actuar comunicativo. En realidad, solo a partir de la mutua comprensión de perspectivas y puntos de vista distintos se experimenta el pluralismo como recurso para pensar y construir lo común.

Ese primer momento hermenéutico, de comprensión y ampliación del horizonte de mundo, es ya apertura a otras culturas y formas de vida. Está determinado por la conversación, cuyo valor y sentido radican en su potencial para percibir la contingencia y el límite de mi punto de vista, contribuyendo de manera decisiva a descentrarme, a abrirme a la multiplicidad y heterogeneidad de miradas y voces sobre lo mismo, a disímiles posiciones y concepciones de lo verdadero, lo bueno, lo justo y lo correcto. La posibilidad de comprender al conversar es al mismo tiempo autoconocimiento, porque exige tomar conciencia de lo que pienso y siento frente al tema en cuestión antes de expresar una postura propia, de la cual soy responsable en sus alcances y límites. Desde ese nuevo lugar reflexivo, nos encontramos y cosechamos lo común de la polifonía de voces.

La conversación es apertura consciente del mundo de la vida compartido, animada por la curiosidad y el entusiasmo por la diferencia. Mantener viva la conversación implica esforzarnos en incluir el mayor número de perspectivas posibles, no excluir a ningún hablante y, sobre todo, no intentar urgir ni precipitar el consenso, la conclusión, y evitando jerarquizar o polarizar la experiencia del disenso. Si la finalidad de un encuentro como este es que la conversación no se interrumpa para poder construir comunidad en la diferencia y gozar de la experiencia, es decisivo deponer el espíritu del polemista, de ese que habita en cada uno de nosotros y cree tener la razón de antemano, así como la autoridad para imponerla. En la conversación genuina se requiere abandonar la forma de poder determinada por roles y lugares de privilegio, y mantener las reglas de la cortesía, la acogida amable y hospitalaria a todas y cada una de las voces, de manera que vaya emergiendo, como en una orquesta –a partir de que cada intérprete afina su instrumento– una composición armónica. Lo fabuloso del juego de lenguaje conversacional es que nunca se reduce a un partido de suma cero, no se trata de un encuentro que dictamina ganadores y perdedores, sino de un escenario y una obra siempre inconclusa, en la que atisbamos algo del otro que nos motiva a futuros encuentros. El uso hermenéutico de la comunicación en las variadas formas de conversación cotidiana expresa vivencias y experiencias, se refiere a contextos compartidos que pueden ser generalizables, constituyen sentido y orientan la acción. No se trata solo de anécdotas o de una mera charla, sino de la inclusión en las experiencias de otros que, al ser comunicadas, se convierten en lentes de visibilidad que nos recuerdan que no estamos solos. Cada uno aporta a la conversación desde la diferencia, pero la magia está en ir tejiendo hilos comunes, sin que reconocer al interlocutor implique estar de acuerdo con él; de lo que se trata es de no silenciarlo ni excluirlo. En este sentido, es más que tolerancia, actitud que puede terminar siendo cínico menosprecio.

La apertura a la diferencia propia de la conversación no significa caer en el relativismo de la opinión en el cual todo vale. Tampoco se reduce a un mero registro –aburrido por demás– típico de una lluvia de ideas. La metáfora más adecuada es la de una urdimbre, un tejido policromo donde quede la huella de cada puntada. Para la metodología que se ha propuesto en este encuentro a conversar, durante cada ronda cada mesa tendrá distintos interlocutores que pensarán la misma pregunta, de manera que la tarea de moderadores y relatores sea llevar a cabo, con imaginación y osadía, un proceso reconstructivo que recoja, problematice y reformule para cada nuevo grupo dónde va el hilo de la conversación, suscitando así la reflexión y ampliando el círculo de interlocución a la manera de ondas que se propagan en el agua o cajas de resonancia que inviten a cuestionar, disentir, reconocer puntos críticos y avanzar en la comprensión de la complejidad y la profundidad de los temas sobre los que conversamos.

Naturalmente, el fin del actuar comunicacional es poder gradualmente, sin premuras y con las curvaturas propias de todo encuentro entre personas, avanzar con base en razones, en argumentos, en deliberaciones compartidas, hacia acuerdos mínimos sin anular la diferencia; acuerdos que convoquen y vayan garantizando la estabilidad y el florecimiento de las instituciones con la participación de todos los afectados. El *telos* de la comunicación es alcanzar juicios sensatos, justificables, orientadores de la planeación y la acción conjunta. Pero la razonabilidad de las decisiones es directamente proporcional a la riqueza y amplitud de la conversación que las precede.

Quiero cerrar esta reflexión con una analogía que ilustre la importancia de este encuentro de profesores y estudiantes para conversar sobre la cosa misma de la educación como formación de personas y ciudadanos: la relación pedagógica. Así como la dinámica de la democracia depende de la fortaleza de la sociedad civil, de la participación reflexiva de los ciudadanos de a pie, quienes en su pluralidad y dife-

rencia van configurando lo público mediante el diálogo del que surgen las políticas de gobierno, la vitalidad de una universidad depende de la actitud de participantes que adoptemos profesores y estudiantes, de la escucha, de que las conversaciones y argumentaciones se conviertan en el eje de nuestra práctica cotidiana y sean el motivo profundo de nuestra presencia y permanencia con sentido en el campus. Ojalá de este encuentro surja la convicción de que cada uno es miembro único y especial de una comunidad educativa concreta, la Pontificia Universidad Javeriana, inserta en una tradición, con una responsabilidad social y cultural específica y con un proyecto educativo que es nuestra tarea poner a la altura del presente: el cultivo de la humanidad. De nuevo, las fronteras de la conversación javeriana deben abrirse al diálogo con otras universidades, para darle vuelo a la educación superior en Colombia –y quizás en el mundo– como un pilar decisivo del cambio social en aras de una vida digna, justa y solidaria para todos.

A mi juicio, hoy sigue siendo válido e inspirador el aserto de David Hume en el siglo XVIII:

Cuanto más conversamos con los seres humanos, y cuanto más amplias son las relaciones sociales que mantenemos, más nos vamos familiarizando con esas preferencias y distinciones generales, sin las cuales nuestra conversación y nuestro discurso apenas podrían resultar inteligibles para los otros [...]. Diariamente nos encontramos con personas cuya situación es diferente a la nuestra, por lo que nunca podrían relacionarse con nosotros en términos razonables si permaneciéramos constantemente en nuestra posición y punto de vista. El intercambio de sentimientos en la vida de sociedad y en la conversación es lo que nos lleva a formar una suerte de criterio general, guiándonos por el cual podemos aprobar y rechazar caracteres y modos de conducta.

Muchas gracias.

Tomémonos un tiempo

En todas las relaciones llega un momento complicado en el que paramos la vida y nos detenemos a reflexionar sobre cómo vamos en el camino; después de todo, para bailar se necesitan dos. Cosas difíciles pueden pasar en el curso de una relación. Tras darnos por seguros y perdernos en la costumbre o en las apabullantes ocupaciones y afanes de la cotidianidad, podemos dejar de comprender el porqué y el para qué de una relación. Lo temido no se hace esperar y las frases más estereotipadas llegan a ser pronunciadas: “No eres tú, soy yo”, “quizá debamos ver a otras personas”, “regalémonos un *break*” o “démonos un tiempo”.

Aunque pueda verse de manera negativa, tomarse un tiempo no es sinónimo de fracaso, sino, por el contrario, de lucha y valor. Quien propone un tiempo da muestras de tener el compromiso suficiente como para repensar una relación, trabajando decididamente en su construcción y dejando de asumir que una relación funciona simplemente por el hecho de existir.

Hoy nuestra relación profesor-estudiante merece detenerse y regalarse ese tiempo para pensar su sentido y reflexionar sobre sus horizontes. Si nos permiten decirlo, estamos viviendo tiempos que merecen nuestro compromiso para mantener encendida la llama de esa relación. Esta conversación, que tuvo lugar en la Jornada de Reflexión Universitaria 2023, partió de una pregunta: ¿cuáles de las dimensiones de la relación profesor-estudiante en la Pontificia Universidad Javeriana no se están cultivando suficientemente para la realización de nuestro proyecto de formación integral?

Antes de pensar en las dimensiones que no se estaban cultivando bien, decidimos reflexionar sobre si teníamos claridad o no acerca de cuáles dimensiones deberían estarse cultivando. La respuesta evidenció

que no existe total claridad sobre ese horizonte de deber ser, pero sí muchas intuiciones que nos permiten caracterizar esa relación.

La relación profesor-estudiante es por naturaleza *asimétrica* y está *mediada por el poder*, pero el poder no debe verse en sentido negativo ni creerse exclusivamente de titularidad del profesor. De hecho, los estudiantes también participan y protagonizan dinámicas de poder en las aulas de clase. El poder, sin embargo, no es sinónimo de anulación, irrespeto, miedo, exclusión o autoritarismo, sino de acción orientada hacia la búsqueda de objetivos comunes.

La relación profesor-estudiante es también una *relación humana* particular que se debe caracterizar por el *cuidado bidireccional*, el cual no debe confundirse con condescendencia ni falta de rigor o exigencia, sino asociarse con la pregunta genuina sobre cómo estamos y cómo nos sentimos, también con qué podemos hacer para estar mejor.

Se trata de una *relación pedagógica* con sello ignaciano que se orienta a la búsqueda de la *formación integral*. Se compromete con la excelencia, pero con humanismo. No le interesan los mejores, sino los mejores para el mundo. Hace central la *cura personalis* y se aleja de la lógica del cliente para priorizar a la persona, viéndola en conjunto con sus experiencias y acompañándola a participar de un viaje empático, innovador y apasionado por el conocimiento, que va más allá de las etiquetas burocráticas. Después de todo, al estudiante que necesita a su maestro le importa poco si este es profesor de planta o de cátedra, titular o asociado, consejero adscrito o investigador registrado, lo que busca, quizás, es su consejo honesto, no solo sus conocimientos, sino su conocimiento encarnado, sus saberes que se combinan con sus vulnerabilidades y sus experiencias de éxito, las cuales incluyen también los fracasos.

En esta relación, algunos elementos y dimensiones deberían repensarse y trabajarse de manera decidida. Encontramos algunos acuerdos, que no significan consensos. A continuación, rescatamos *cuatro ejes centrales* a través de los cuales dimos, como resultado de esta jornada, res-

puesta a la pregunta formulada: 1) el contexto, 2) ¿cómo dimos respuesta a la pregunta formulada?, 3) elementos que podrían explicar las deficiencias detectadas y 4) preguntas para motivar el inicio de un diálogo.

El contexto

Partimos de reconocer que puede haber diversas comprensiones en la práctica sobre lo que son las dimensiones de la relación profesor-estudiante, y también diversos énfasis y jerarquías de dichas dimensiones en la mente de los diferentes miembros de nuestra comunidad educativa. En ese marco, tendríamos que decir que las ideas sobre la insuficiencia en alguna dimensión son el producto de experiencias particulares, que difícilmente podemos generalizar, pero que vale la pena ahondar, como producto de representaciones, imaginarios y significados de miembros de nuestra comunidad, que son vitales para empezar a explorar la relación profesor-estudiante dentro de la universidad, tratando de comprenderlas, así como sus formas, contextos, frecuencia y extensión.

Cómo dimos respuesta a la pregunta formulada

Acordamos seis dimensiones de análisis, que nos permitieron recoger las diversas opiniones de los participantes:

Dimensión pedagógica

Esta dimensión se identifica como un elemento necesario a trabajar. Es entendida como el valor y el sentido educativo que determina la relación profesor-estudiante; en otras palabras, es su esencia. Los participantes identificaron una falta de conocimiento o de consistencia en la práctica de los principios pedagógicos que deben orientar al profesor javeriano para que su quehacer docente sea coherente con la propuesta de formación integral. En esta medida, se consideró importante que

tanto los profesores de planta como los de hora cátedra puedan participar de espacios en los que se promueva la reflexión y la formación en torno al proyecto educativo de la Pontificia Universidad Javeriana y el desarrollo de estrategias de aprendizaje y enseñanza. También se coincidió en que era necesario un mayor acompañamiento a los profesores sobre cómo ayudar a los estudiantes a identificar la relevancia de los contenidos, comunicar la utilidad del conocimiento, implementar el discernimiento, permitirle al estudiante que desde su experiencia identifique el valor de lo que está aprendiendo y cómo puede aplicar el conocimiento a la realidad de su futuro profesional con ejemplos y entornos más inmersos en la sociedad que en un aula de clase desvinculada. Todo esto para favorecer algo fundamental: que el estudiante logre identificar su sentido y, en esa medida, asuma un rol más activo en la reflexión con respecto al proyecto educativo de la universidad, pues es quien se está formando como profesional javeriano.

Dimensión comunicativa

Esta dimensión se identificó como vital y se sugirió su abordaje desde varios lugares, con los siguientes objetivos: 1) propiciar más espacios de comunicación, de diálogos genuinos, en los que se promueva la escucha a partir del reconocimiento de cada actor, de quienes piensan igual, pero también, y sobre todo, de los que disienten, para comprender y reflexionar con respecto a sus perspectivas; 2) generar una mayor eficacia en la comunicación; para ello se planteó que, en una época en la que estamos rodeados de información, en ocasiones se pierde el mensaje a comunicar dentro de nuestra comunidad educativa, y se cuestionó cómo llegar a los jóvenes para que puedan acceder al mensaje de lo que es la formación integral y cómo cobra vida en el día a día de la universidad, y 3) dada la manifestación de la existencia de un posible ambiente de desconfianza frente a las decisiones tomadas institucionalmente, como consecuencia del desconocimiento con respecto a lo que la universi-

dad hace para cuidar a los estudiantes, los profesores y la comunidad educativa, ser más estratégicos y asertivos con los mensajes de cuidado; nuevamente se percibió el deseo de tener un mayor acompañamiento a los docentes para desarrollar habilidades en comunicación efectiva con ellos desde lo escrito, la escucha y lo verbal.

Dimensión ético-política y social

En esta dimensión quisimos dar cuenta de todos aquellos aspectos relacionados con la toma de decisiones retadoras ante situaciones que la vida y la sociedad nos presentan diariamente. Tanto los profesores como los estudiantes poseen elementos en su discernimiento para responder a los retos que trae su cotidianidad y sobre todo su vida relacional. Desde el aula misma se generan dinámicas de poder, por lo que debe pensarse en un accionar pedagógico que ofrezca herramientas para analizar dilemas éticos y problemáticas sociales. Una institución educativa como la nuestra está llamada a formar buenos ciudadanos para la sociedad, comprometidos con el bienestar de los otros, especialmente con los más necesitados. De esta manera, un proyecto pedagógico debe fomentar un pensamiento crítico y ofrecer perspectivas para la construcción de una nueva sociedad. ¿Nos están dejando nuestros contenidos y créditos educativos tiempo para formarnos en pensamiento crítico y ecología integral? ¿Podemos facilitar que en el aula de clase haya espacio para un análisis aplicado del contexto ético, político y social que favorezca en el estudiante ese pensamiento crítico aplicado a su área del conocimiento?

Dimensión espiritual y humana

En el proyecto de formación integral toma fuerza la dimensión espiritual y humana, entendida como todas aquellas acciones que invitan a la trascendencia y al reconocimiento del otro, a descubrir que hay un Otro(s), en mayúsculas. En una institución como la nuestra, la experiencia de Jesús es un referente para este actuar; sin embargo, somos

conscientes de que hay otras miradas y otros caminos para responder a la pregunta de lo trascendente. Ahora bien, la Pontificia Universidad Javeriana ofrece una serie de experiencias que ayudan en esta dimensión espiritual como parte del medio universitario, pero, desafortunadamente, las dinámicas propias de la cotidianidad no permiten del todo llegar a la mayoría de nuestra población.

La interdisciplinariedad puede contribuir al fortalecimiento de la dimensión espiritual y humana, posibilitando el pensamiento crítico y la reflexión permanente de las disciplinas. Lo anterior nos invita a conectarnos más entre facultades, departamentos y programas, y adquiere una gran relevancia en un contexto en el que a veces se categoriza a las personas en pequeñas cajas de las que no pueden salir o se les ponen etiquetas inamovibles. ¿Si no podemos comunicarnos entre programas o departamentos, cómo podemos pedirles a nuestros estudiantes que se comuniquen entre ellos y busquen comunicarse con otros?

De igual forma, en la relación profesor-estudiante cobra vital importancia el valor de la humildad, la cual ha tenido una mala interpretación al entenderse como un estado de carencia. La invitación es a reinterpretarla desde la apelación a lo auténticamente humano, al voto de confianza que nos entregan cuando enseñamos o nos enseñan y a la importancia del reconocimiento del otro desde la confianza. Los profesores, más allá de la etiqueta burocrática (asociado, titular, con doctorado, sin doctorado, etc.), son profesores, maestros, no semidioses intocables, sino, por el contrario, seres que afectan y se dejan afectar con el aprendizaje, reconociendo la incomodidad que genera el aprender y la importancia de acompañar a sus estudiantes, al tiempo que se los reta y se los motiva a desarrollar un camino hacia la autonomía.

La dimensión emocional

Esta dimensión ahonda en cómo se desarrolla el vínculo empático entre profesores y estudiantes, de qué manera se está activando la emoción

en los espacios de la universidad y cómo estamos cultivando los afectos. Para esto, hay que pensar más allá de la dimensión cognitiva. Es necesario pensar en la forma en la que se está desarrollando el vínculo entre el profesor y el estudiante, pues si no se da de una manera auténtica y en escenarios de confianza, no se va a tener una buena relación. No debe haber una homogeneidad en la forma en la que se dan las relaciones entre profesor y estudiante, sino que hay que tener en cuenta cómo cada clase o asignatura tiene una particularidad desde la que se debe trabajar, no solo desde contenidos o habilidades, sino también desde la gestión emocional. ¿Cómo estamos trabajando los afectos en el aula —motor del cuidado— más allá de los contenidos impartidos? Cada vez más, debemos estar preparados para percibir al otro como un ser de emociones, anticiparnos a cuidarlo, y proveer a los consejeros de las herramientas necesarias para que este acompañamiento sea posible.

La dimensión institucional

En cuanto a esta dimensión, se identificó la necesidad de espacios de encuentro presencial en los que se dedique tiempo a vivir verdaderas experiencias con el otro. La virtualidad nos dejó aprendizajes que podemos retomar, pero no sustituye la presencialidad. Por ello, se recurrió a la idea de lo “carnavalesco”, retomando e incluyendo el juego y la alegría para ir más allá de los límites formales y avanzar hacia la emoción, despertando y propiciando una erótica del saber. La invitación es a crear espacios de encuentro con otro(s), de modo que la relación profesor-estudiante pueda cultivarse en un entorno que no solo se produzca en el aula de clase o en una comprensión externa del medio universitario, sino también de manera permanente en la construcción de nuestro tejido social.

Elementos que podrían explicar las deficiencias detectadas

Entendiendo que existen deficiencias y que quizás algunas aparecen con más frecuencia que otras, surgió la pregunta sobre qué está haciendo la universidad para cultivar y proteger el relacionamiento de profesores y estudiantes. En ese marco, se postuló que quizás no hemos terminado de hacer lo suficiente como sistema educativo, proveyendo los medios, los incentivos y el tiempo, para que se pueda dar apropiadamente la relación profesor-estudiante que queremos.

Un aspecto muy concreto que surgió es si actualmente la universidad permite los suficientes espacios de formación del profesor (a nivel pedagógico, espiritual, comunicativo, etc.) y si este tiene la disposición para usarlos. Por ejemplo, si las formas de contratación de los profesores, de cátedra o de planta, limitan el desarrollo de la relación deseada profesor-estudiante, sin desconocer que entre unos y otros encontramos ejemplos maravillosos de excelentes relaciones constructivas, respetuosas y cuidadoras. Surgió también la inquietud sobre cómo el contexto social y las crisis de la sociedad nos invitan a repensarnos por completo, en tiempos en los que reina el cansancio de los profesores, que están ocupados persiguiendo la productividad, y de los estudiantes, que están exhaustos tratando de subir tan rápido como sea posible en la escala académica y social.

Por último, se entiende que también la cultura y tradición de cuerpos disciplinares pueden explicar prácticas indeseables; aunque, al mismo tiempo, se reconoce que la diversidad que se ve en el relacionamiento profesor-estudiante es una riqueza. Por ello, pretender estandarizarla no solo puede ser inviable, sino indeseable. La pregunta entonces no es cómo limitamos la diversidad, sino cómo la concebimos, entendiéndonos al tiempo y atendiéndonos mejor en el camino.

Preguntas para motivar el inicio de un diálogo

En las conversaciones surgieron con frecuencia recomendaciones sobre el deber ser de la relación profesor-estudiante, las cuales tomaron formas conceptuales y también prácticas. En este punto, para evitar ser prescriptivos, y atendiendo al marco metodológico de la conversación propuesta, formulamos finalmente las siguientes preguntas, esperando que puedan ser movilizadoras:

- ¿Existe una característica esencial/fundamental en la relación profesor-estudiante a la que no se puede renunciar? Lo anterior sin importar si hablamos de un profesor de planta o de cátedra, investigador o no, e incluso con independencia de la disciplina. Se entiende que esta pregunta ha sido ampliamente abordada por estudiosos de la pedagogía ignaciana, y, en ese sentido, la pregunta se formula más en el contexto práctico, preguntándonos por rasgos como la capacidad de escuchar, de dialogar o de tener un interés legítimo en conocer al otro.
- ¿Qué tan preparados estamos para apasionar a nuestros estudiantes, generarles interés y así cultivar relaciones más fructíferas y dinámicas?
- ¿Cómo puede un profesor en el mundo actual preparar a un estudiante para la incertidumbre y para mundos cambiantes?
- ¿Cómo cambiar o repensar la forma en que concebimos el medio universitario, para pasar de una visión que lo delimita a una unidad independiente, encargada de desarrollar la dimensión humana, a una que la considere un elemento central y transversal a todo lo que hacemos en la comunidad educativa? En ese sentido, ¿cómo integramos al medio universitario en el currículo y cómo lo volvemos central para nuestro relacionamiento pedagógico?
- ¿Cómo sorteamos los avatares de la tecnología y de la virtualidad en un contexto en el cual la relación personal es central?

-
- ¿Cómo hacemos que nuestros estudiantes y profesores se sientan sostenidos? y ¿cómo logramos distribuir mejor y de manera equitativa el cuidado?

Así que nuestra invitación final es a tomarnos un tiempo, pero no porque vayamos a terminar esta relación profesor-estudiante o porque queramos ver a otras personas. Tomémonos un tiempo para pensar(-nos), para que nos cuidemos, para que nos soñemos siendo de maneras distintas y manteniendo lo que mejor hacemos, para que incluyamos mundos posibles y saberes diversos y para que la diversidad y el respeto sean un lenguaje común.

Tomémonos un tiempo para que el tiempo no nos tome por su cuenta y para que esta jornada de reflexión sea el inicio de experiencias duraderas que podamos replicar en nuestras facultades y en diversos contextos; para dejar de darnos por seguro y para empezar a reconocernos como sujetos relacionales que se merecen la mejor relación posible de aprendizaje, trascendencia y compromiso con la sociedad, que también nos permite ser y a la que debemos también seguir cuidando.

Seamos fuegos que prendan nuevos fuegos. *Tomémonos un tiempo* y no dejemos bajo ningún motivo que se apague la llama.

El ejercicio del poder en la relación profesor-estudiante

Para reflexionar sobre este tema, es necesario considerar diversas definiciones de *poder*. Por un lado, está el poder jerárquico, que puede o no hacer uso de lo coercitivo; por otro, el poder como capacidad de hacer, como empoderamiento, y, en una tercera vía, el poder entendido como servicio, la disposición de servir. Ahora bien, las formas de poder se instauran dentro de las lógicas institucionales de la universidad, por lo tanto no se puede abstraer la relación profesor-estudiante del contexto en el cual se da; de las formas como se gestiona; de la manera como se disponen los cuerpos, las emociones, los pensamientos, y especialmente, de la relación con el conocimiento.

Para la reflexión sobre el ejercicio del poder en el aula debemos partir de cómo, con una población estudiantil diversa en términos de clase, raza y género, existen negociaciones de poder entre profesores y estudiantes, pero también entre los mismos estudiantes y entre los profesores como colegas. Estas negociaciones deben ser una oportunidad para invitar a gestionar el poder colectivamente. Es decir que el poder es inevitable en estas relaciones, pero la forma como se maneja establece la diferencia, por lo que la propuesta es gestionar un poder dialógico. Consideramos así que en el aula existen mediaciones que traen dentro el afuera y que les exigen, tanto a los profesores como a los estudiantes, una sensibilidad que responda a procesos de inclusión en el presente, pensando tanto en el contexto del país como desde su disciplina particular. Cada disciplina está mediada por la creación de su propio canon, por lo que estas pueden perpetuar formas de exclusión. Por ejemplo, tenemos clases que no incluyen ningún texto escrito por mujeres o de pensadores latinoamericanos. Por lo tanto, el poder también es ejercido en la construcción de cánones disciplinares, razón

por la cual estos deben pensarse a sí mismos, para así modificar el ejercicio de la docencia y, por supuesto, el de la investigación. Otro ejemplo está relacionado con los preconceptos de autoridad, saber y poder que llevan a la reproducción de comportamientos de exclusión con las personas en formación, ya sea por su género, condición económica o, simplemente, por el hecho mismo de estar en formación.

Existe entre estudiantes y profesores una estructura de poder que actúa desde el campo simbólico, instaurada en lo administrativo y en los sistemas de la universidad, y que toma forma en la cotidianidad del aula: la relación entre cliente y proveedor. De este modo, la experiencia pedagógica se ha diluido en un escenario transaccional, marcado por el beneficio tangible de cada asignatura. Esta relación desdibuja el accionar pedagógico y minimiza las posibilidades transformadoras de la pedagogía. Lo anterior se ve fomentado por el costo de la matrícula, que se traduce en la idea de que el paso por la universidad se enmarca únicamente en una relación de costo-beneficio, en la que la formación integral aparece en segundo plano y se minimizan las posibilidades de gestionar la diferencia, la crítica constructiva y hasta el mismo *magis* ignaciano.

Esta relación transaccional suscita unos sentimientos que impiden un diálogo intergeneracional, generoso, de cuidado y crecimiento mutuo, pues son el miedo y la desconfianza las emociones que se dan en ese espacio de intersubjetividad, que lo caracterizan como un lugar de tensiones afectivas. Los estudiantes tienen miedo a la mala calificación, al juicio, al profesor, a la sobreexigencia social; y, por su parte, el profesor tiene miedo de perder su lugar de trabajo por una mala evaluación docente, por los rumores de pasillo o por el desmedro de su reputación en las redes. Esto crea un escenario en el que las relaciones entre docentes y estudiantes se han convertido en un ejercicio de defensa, marcadas por irrespetos, exigencias y favores. Consideramos importante resaltar que muchos profesores han señalado que, en estas prácticas contractua-

les de tipo mercantil, se han sentido deshumanizados, sobreexigidos y carentes de claridad acerca de hasta dónde llega su papel como maestros, por lo que sienten que las exigencias y expectativas sobre su actuar sobrepasan sus propios límites como docentes.

La estructura institucional replica estos elementos a través del establecimiento de más controles en el aula y en el campus. Por ejemplo, falta reconocimiento del proceso mismo de la enseñanza, de que dictar cada clase es un acto de creación, que implica formar a las generaciones futuras, inspirar ética profesional e incidir en la construcción de ciudadanos, entre otras cosas. Por otro lado, la universidad y sus diferentes estructuras instauran elementos punitivos o prohibitivos que determinan las relaciones de poder. Por tal motivo, vemos la necesidad de crear espacios no estructurados, en los que se rompa la lógica del “asignaturismo” y se generen alternativas de formación. Estos espacios no estructurados, por fuera de la obligatoriedad, en los que los estudiantes se enfrentan al aprendizaje más allá de la evaluación, del deber hacer y del ser marcado por lo punitivo, logran que los agentes exploren una intersubjetividad como lugar de reconocimiento y de su proyección en el colectivo llamado juventud.

El aula, con su exceso de control, ha configurado elementos de sobredeterminación de las relaciones sociales. Lo institucional y lo administrativo son tan importantes como la docencia, y deben asumirse desde la identidad javeriana y la inteligencia académica, favoreciendo una pedagogía situada, pensando en el país y en el futuro y capacitando a los estudiantes para vivir en medio de la incertidumbre.

La evaluación no puede ser un recurso punitivo. Por tanto, no debería ser una evaluación docente, sino de la asignatura. Eso significa que se debería evaluar el ambiente de aprendizaje, el salón, los contenidos, el trabajo en equipo, la docencia y su desempeño. Reconocemos que el anonimato permite que los estudiantes se expresen sin miedo, pero no logra crear un espacio de confianza en el aula. En ese sentido, creemos

que hay un trabajo por hacer para lograr que el aula y, en general, el campus sean espacios de confianza y seguros. Ese trabajo incluye actuar sobre las formas de comunicación, en el desarrollo de acuerdos de clase en los que prime la co-construcción, la cooperación, el codiseño de procesos formativos y la coevaluación, desde un ejercicio de cercanía que construya un clima educativo de corresponsabilidad.

El espacio de confianza debe ser un espacio seguro. El miedo ha impedido denuncias frente a abusos de poder, y, aunque existen mecanismos como el Protocolo para la Prevención, Atención, Acompañamiento, Orientación y Seguimiento de Casos de Violencias y Discriminación y Violencias de Género (Paaos), se deben fomentar espacios seguros que evidencien procesos de restitución de derechos que no sean revictimizantes y que brinden garantías para la vida académica de estudiantes y profesores, protegiendo todas las partes. Cuando hablamos de co-construir nos referimos a una flexibilidad que emerge también del encadenamiento de procesos formales, como pueden ser los *syllabus* o las rúbricas de evaluación. Pensemos en la imagen de la pulsera de un reloj: encadena segmentos rígidos que en conjunto son flexibles, se articulan con gracia y sostienen una estructura, que, como unidad, permite un movimiento flexible y armonioso.

En cuanto a las formas de comunicación, la universidad trabaja guiada por la pregunta sobre cómo acercarse a los estudiantes, pero también debemos procurar desarrollar capacidades comunicativas de la universidad hacia los profesores y por parte de los estudiantes mismos. Debemos crear escenarios en los que los estudiantes propendan a una comunicación asertiva, respetuosa por el otro, por su tiempo y su persona, con miras a su formación integral y profesionalización.

También debemos trabajar en consolidar un perfil del estudiante javeriano a partir del fortalecimiento de las jornadas de transición a la universidad, y pensar que esto va más allá del primer semestre, para que pueda adaptarse mejor a un espacio que se define por su formación

integral y pedagogía ignaciana, en donde se reconozca su papel dentro de la construcción de comunidad. Igualmente se requieren estrategias desde los departamentos para integrar a los docentes como parte de una comunidad con un espíritu ignaciano. Debemos entonces preguntarnos qué significa ser estudiante y profesor, para que las relaciones no se perfilen desde la unilateralidad y haya más ejercicios de reconocimiento y autonomía; y regresar a la pregunta sobre qué tipo de relación queremos construir, para qué y cómo.

La autonomía es un pilar pedagógico. Sin embargo, en medio de lo transaccional, sin espacios configurados a partir de la confianza, con lo evaluativo como punitivo e impersonal, y con relaciones y espacios sobrerregulados, se abandona el concepto de autonomía para favorecer un individualismo que cae en el abandono y en el reclamo. La universidad también debe confiar en sus docentes y estudiantes. Esta relación no se puede burocratizar, comercializar y legalizar como si fuera tan solo una cuestión contractual o de la ley, sino que debe entenderse como un espacio dinámico y abierto que debe crecer en el tiempo.

En un espíritu de construcción mutua de una comunidad (profesores, estudiantes e institución), creemos que la generación de acuerdos basados en la confianza permitiría abrir camino a una autonomía responsable. Los *syllabus* podrían incluir convenios que en grupo regularan durante el semestre el ejercicio pedagógico, lo que permitiría una flexibilización sin excepcionalidad, con acuerdos mediados por el colectivo de la clase.

Si bien la universidad ha abrazado como pilar pedagógico las consejerías, consideramos que estas podrían mejorarse creando perfiles de consejeros, lo que ayudaría a crear límites de cuidado entre cuidadores y estudiantes.

Invitamos a la universidad a abrazar un giro pedagógico no solo desde la docencia, sino también desde lo administrativo, para favorecer la construcción de procesos de formación integral, rescatando la

lógica comunitaria que caracteriza la relación y abogando por ciudadanías para la paz en un espíritu colectivo que se piense desde la universidad misma. Debemos encontrar mecanismos, como los espacios no estructurados, para levantar currículos ocultos y para saber en qué van las generaciones que llegan a la universidad, de modo que comprendamos mejor quiénes son estos jóvenes, cómo construyen el aprendizaje y todas las dimensiones que eso trae; por ejemplo, en algunos grupos se señalan diferencias entre estudiantes de pregrado y de posgrado que vale la pena indagar. Hay una vida oculta en los estudiantes, y si bien la universidad no puede responder a todas estas realidades individuales, debe permitir que coexistan y favorecer un espacio de cuidado que contenga esta multiplicidad. Igualmente, invitamos a la universidad a pensar en los profesores, quiénes son, cuáles son las exigencias que ahora se tiene para ser docente, qué herramientas tienen para ello; y especialmente pensar en los profesores de cátedra, en quienes reposa gran parte de la docencia, por lo que debemos crear vínculos javerianos también con ellos.

Por otro lado, reconocemos que en la universidad existen múltiples ejercicios pedagógicos exitosos, así como hay espacios de escucha y de gestión de problemas. Es por eso que invitamos a la compilación de diversas estrategias pedagógicas que recuperen y hagan visibles esas apuestas.

Potencialidades y riesgos de la tecnología

Los entornos altamente digitalizados favorecen y fortalecen la relación profesor-estudiante en la medida en que permean procesos que fomentan la creatividad, la responsabilidad y el respeto, y hacen de la tecnología una herramienta más humana y una aliada en el proceso de enseñanza-aprendizaje.

Conversar sobre la transición hacia espacios digitalizados permitió un acercamiento intergeneracional en el que todos tenemos responsabilidad con el aprendizaje del otro. Esto demanda la comprensión de las lógicas propias de la tecnología en la que están inmersos los estudiantes y cuestiona cuál es el papel de la universidad en la formación en estos nuevos contextos. Uno de los retos es cómo valorar y aprovechar la relación presencial, que tanto nos nutre como seres humanos, y hacer que la tecnología tenga un espacio reservado para su función específica. Por lo tanto, un desafío de la universidad es potencializar el aprendizaje de los estudiantes a través del uso ético y crítico de las herramientas tecnológicas y, a su vez, lograr la reestructuración de la educación utilizando entornos digitales que permitan la construcción de una formación integral, en la cual se genere la posibilidad de hablar un mismo lenguaje con los estudiantes, complementando la enseñanza con nuevas estrategias pedagógicas y herramientas tecnológicas que faciliten nuevas y mejores metodologías en pro de una educación innovadora, de calidad y vanguardista.

Los espacios altamente digitalizados nos deben permitir como comunidad conectarnos con otros, convertirnos en mejores escuchas, desarrollar un pensamiento crítico y autonomía, conocer y vivir las relaciones desde la diversidad y enfocarnos en cada estudiante en particular. Por ello, al hablar de la digitalización y de su incidencia en la

relación profesor-estudiante se requiere un enfoque nuevo en la formación del docente universitario, que no se limite al manejo de plataformas y herramientas, sino que llame la atención sobre la relación entre medios y fines, de modo que las herramientas sean un medio para poner en un lugar central el propósito educativo de lograr una formación integral.

Sabemos que los espacios altamente digitalizados permiten el manejo de espacios y tiempos; conexiones con otras personas, otros países y otras regiones; simultaneidad y multiculturalidad, lo que genera procesos de cooperación y trabajo colaborativo, y el establecimiento de vínculos y de dinámicas con otras instituciones. Pero hay que ir más lejos.

Con respecto a la *contribución al conocimiento*, la tecnología da la posibilidad de que este se expanda más allá de la experiencia del profesor y se pueda hacer un uso estratégico y reflexivo de esta herramienta, de manera que permita así enfrentar nuevos retos y desafíos en cuanto al aprendizaje y la formación. Por otro lado, los estudiantes pueden acceder al entorno digital, revisar contenidos, contrastar información, lo cual le da voz y autonomía dentro del aula. Igualmente, el profesor desempeña un rol importante al tratar de entender las lógicas culturales en diferentes entornos estudiantiles y al adaptar diferentes metodologías innovadoras para el desarrollo de los escenarios de enseñanza. Así mismo, podemos considerar el entorno digital como una oportunidad para descubrir espacios enriquecedores de desarrollo, que faciliten la flexibilidad en el trabajo y la participación. También representa la posibilidad de fortalecer la interacción bidireccional entre estudiantes y profesores.

Como *herramienta y metodología*, la tecnología propicia diferentes maneras y fuentes de conocimiento, investigación y construcción de identidad. Existen áreas en las que las herramientas tecnológicas son útiles y otras en las que son conflictivas. Es necesario entender que las disciplinas tienen necesidades distintas y que los motores de búsqueda y

las bases de datos ofrecen una gran cantidad de información, revisada y cruzada como si mantuviera una relación constante con un par experto.

Asimismo, la tecnología permite *procesos de interacción*. Estas interacciones pueden ser consideradas positivas, dado que generan un espacio para que los estudiantes tengan la posibilidad de recibir recomendaciones y sugerencias sobre sus diferentes cursos, además de una retroalimentación e intercambio constate con sus profesores. Lo anterior permite fortalecer la relación estudiante-profesor, de modo que los estudiantes se adapten mejor a las exigencias de cada curso. Efectivamente, la tecnología y los medios digitales propician el cambio de las relaciones sociales entre los individuos y nos permiten tener una visión más amplia de la forma de organizarnos entre nosotros. También nos preparan y nos facilitan para encontrarnos con personas a las cuales se les dificulta gestionar un diálogo de forma presencial o establecer relaciones en público. Del mismo modo, la tecnología potencia otras formas de liderazgo y permite la creación de empresas que pudieran tener dificultades para enfrentar públicos masivos.

Con respecto a *la evaluación*, en el modelo cuantitativo de evaluación surge la pregunta sobre quién lleva a cabo y cómo se debe realizar esta, en cuanto no es un medidor efectivo del aprendizaje. Por su parte, la tecnología propone un modelo educativo en el que es posible hacer un seguimiento de las competencias, del proceso y de los resultados de aprendizaje. Al transformar la relación profesor-estudiante en la evaluación, se genera un cambio, de modo que la evaluación se convierte en una relación de conocimiento, en la medida en que, al repensarla desde las distintas maneras de representar el conocimiento (la pintura, el texto, el video, etc.), se propicia un mayor compromiso de parte del estudiante en su proceso evaluativo desde su contexto, su área y la interdisciplinariedad.

Por otro lado, no hay que perder de vista el hecho de que siempre estará latente el tema del riesgo. El esfuerzo por implementar la

tecnología ha demostrado que la educación virtual no fue hecha para todo el mundo y que no supe las necesidades de todas las áreas del conocimiento. En estos espacios se pierde la comunicación en persona, de manera que esta se vuelve distante e impide que el profesor y el estudiante se conecten con las emociones y vivencias que se dan en el proceso de formación. La dinámica propia de la educación virtual ha generado una pérdida de la inteligencia emocional y de la empatía, lo que ha provocado un quiebre en la relación profesor-estudiante, alejándola del discernimiento.

A su vez, es importante mencionar que el tema ético en la utilización de estas herramientas tecnológicas no puede dejarse a un lado, pues desempeña un papel fundamental en el éxito de su implementación y permanencia en el tiempo. Un ejemplo de ello son las redes sociales, en las cuales la esfera personal de los profesores y de los estudiantes son sobreexpuestas, lo que provoca situaciones que atentan contra la dignidad humana y van en detrimento de la formación integral.

En cuanto al *conocimiento y la información*, es necesario que este tipo de relaciones tengan una protección jurídica, en cuanto que la relación profesor-estudiante no está vinculada a un lugar, y hay deberes éticos de comportamiento en el aula y en las redes que ambas partes deben comprender y respetar. Esto implica una pérdida del sentido crítico y del autoexamen. A su vez, es de gran importancia crear consciencia en los estudiantes sobre el uso de la información digital encontrada en diversos medios, ya que puede estar tergiversada y no ser siempre acertada o verídica, para lo cual es necesario enseñarles herramientas que les permitan clasificar, presentar y justificar la información.

Asimismo, con respecto al *cambio relacional*, hay que tener en cuenta que en la virtualidad hay un riesgo de pérdida del sentido y del contexto de la conversación y los acuerdos, lo que a su vez genera cambios y dificultades en la forma de relacionarse con otros, por lo cual se hace un llamado a reflexionar sobre los límites o criterios que la virtua-

lidad conlleva. Es claro que esta no puede reemplazar la relación profesor-estudiante presencial y su interacción física; por lo tanto, se debe encontrar un equilibrio entre el aprendizaje, las emociones y la gestión en las interacciones.

Como reflexiones finales se plantea lo siguiente:

En los espacios altamente digitalizados se rompe la temporalidad de la enseñanza, y de alguna manera la avalancha de cambios la vivimos profesores y estudiantes con el mismo desconcierto. Antes, las personas mayores conocían el mundo y podían orientar desde la experiencia, pero ahora las diferentes generaciones estamos conociendo simultáneamente los mundos virtuales.

Sin embargo, no es posible dejar a un lado el tema de la brecha digital y generacional por la que estamos atravesando, tanto en la implementación de conocimiento mediante el uso de tecnologías como en el impacto que este tema está generando en estudiantes y profesores con respecto a la conexión y desconexión digital, el equilibrio y la gestión de las emociones, la dependencia excesiva de la utilización de la tecnología y el impacto en el pensamiento crítico para la toma de decisiones, las cuales no se realizan únicamente por medio de la memoria, sino que adicionalmente requieren de la estructura lógica de cada saber.

La emergencia de las transformaciones de la digitalización ha incidido en la identidad de los estudiantes y de los docentes de la universidad. En el caso de los estudiantes, esto se manifiesta en las maneras en que la tecnología ofrece una experiencia de velocidad y satisfacción inmediata que compite con las lógicas clásicas de una clase normal. A su vez, estar inmersos en redes sociales nos ha vuelto más narcisistas y vulnerables frente a patologías sociales. Hoy tenemos que preguntarnos qué significa estar presente, ya que las herramientas digitales permiten ciertas formas de presencia simultánea con distintos niveles de conexión y profundidad.

En cuanto a los docentes, actualmente en su práctica se preguntan si deben entretener o si deben competir con otros medios para captar la atención de los estudiantes. Lo que nos lleva a preguntarnos qué significa hoy ser un buen docente, si es el que maneja las tecnologías o el que sabe comunicar, empatizar e integrar. Es cierto que el profesor no debe ser aburrido, pero su objetivo definitivamente no es entretener. De igual forma, el uso de las tecnologías en los procesos de formación genera el temor entre los profesores de que en un futuro estas puedan reemplazar la enseñanza tradicional.

Las herramientas ignacianas (discernimiento, *cura personalis*, tiempos, lugares y personas) nos permiten profundizar en unos modos de reflexión. No se puede satanizar o prohibir estas herramientas, pero sí se ha de entender que tienen un límite y que pueden tener efectos perversos o no deseados en la formación. Finalmente, se plantean nuevas preguntas, surgidas de esta reflexión, a saber:

- ¿Para qué ha de servir la transformación digital?
- ¿Con cuáles valores humanos están ordenadas?
- ¿Qué sacamos con ir tan rápido, si no sabemos a dónde vamos? Podemos avanzar a grandes velocidades, pero estar haciéndolo en círculos.

Una mirada relacional del cuidado

¿Cómo entender el cuidado?, ¿cómo lo entendemos en la universidad?, ¿cómo lo entienden profesores y estudiantes?, ¿qué cuidamos?, ¿cómo lo cuidamos?, ¿cómo se cuida la relación profesor-estudiante?, ¿de qué manera el cuidado se da en las relaciones diarias, y no es algo impuesto o artificial?, ¿estamos haciendo énfasis en el cuidado del individuo solamente?, ¿estamos construyendo un sistema de cuidado?, ¿cuidamos al profesor? Hay muchas dimensiones y ámbitos del cuidado. El concepto que tenemos del cuidado es diverso y ha cambiado. ¿Qué significa el cuidado para cada uno? Cuidamos las personas, la palabra, el conocimiento, la calidad de las interacciones, los acuerdos, el aprendizaje y el proceso formativo.

Hay características importantes del cuidado en la relación profesor-estudiante en la universidad, como el respeto, la confianza y la receptividad. En cuanto comunidad educativa javeriana tenemos la tarea de actualizar nuestro Proyecto Educativo, y estas conversaciones nos han permitido afianzar la idea de que como comunidad educativa tenemos las respuestas a estas preguntas. Reconocemos la diversidad de las disciplinas, de las facultades, de los estudiantes, de los profesores. En esta diversidad hay caminos, buenas prácticas, distintos desafíos para materializar el cuidado, la reciprocidad comunicativa y la responsabilidad en la relación profesor-estudiante en el contexto actual; además, todos estos elementos tienen el potencial de ser compartidos en el conjunto de la universidad.

Allí encontramos vasos comunicantes con dimensiones de la formación integral, que emergieron de manera enfática en las conversaciones que sostuvimos. Entre ellas, la promoción de una visión ética del mundo, el reconocimiento y la valoración de la identidad, la viven-

cia de un auténtico diálogo intergeneracional y el entendimiento de la comunicación como encuentro, como apertura a los otros.

¿Qué es un profesor javeriano?, ¿qué es un estudiante javeriano?, ¿cómo se desarrolla la relación profesor-estudiante en la universidad? Llegar a ser un estudiante o un profesor javeriano también es un proceso; se trata de una identidad que se construye, se interpela y constantemente se renueva. Se trata de una dinámica plural en la que confluyen procesos de diferentes niveles de madurez. No obstante, para este proceso es indispensable la participación consciente y constante de ambas partes, incorporando la comunicación, la corresponsabilidad y el cuidado de forma permanente en sus interacciones.

En medio de esta dinámica un elemento particularmente sensible aparece al vivir o evidenciar la corresponsabilidad: la evaluación. Es necesario preguntarse no solamente cómo evaluamos, sino para qué evaluamos y qué hacemos con esa información. ¿Hacia qué o hacia dónde deberían enfocarse los esfuerzos de evaluación de estudiantes, de profesores y de la relación profesor-estudiante?

Espacios de cultivo del cuidado

El cuidado se caracteriza como un elemento que busca preservar la vida desde ópticas autónomas y comunitarias. Sin embargo, cabe resaltar que en un contexto de riqueza multidisciplinar, como la universidad, esta preservación surge desde el entendimiento y del contexto específico de cada disciplina, lo cual origina un sinnúmero de estrategias para llevar a cabo la tarea de cuidar. Dicho esto, se debe procurar la generación de espacios de cuidado que permitan cultivar relaciones humanas profundas y significativas, con el fin de generar una reciprocidad comunicativa en la relación profesor-estudiante.

Estos espacios representan en sí mismos una acción de acercamiento entre el profesor y el estudiante, sin desconocer los límites

que enmarcan el vínculo afectivo y de aprendizaje entre ambas partes, los cuales se deben contemplar con permanente cautela. Para ello se resalta la prudencia en las prácticas comunicativas, las cuales no solo comprenden lenguajes orales, sino que también se manifiestan en las actitudes y acciones específicas de ambos actores en la relación, la cual es bidireccional.

No obstante, es crucial reconocer las necesidades particulares de ambos actores dentro de esta relación. En el marco de una conducta corresponsable, tanto profesores como estudiantes deben abogar por que haya claridad en las reglas que constituyen el ecosistema comunicativo en el aula de clase y en los demás escenarios de interacción. Esto con el propósito de conseguir un enlace más transversal entre ambos, en el cual se reconozcan los diferentes roles que cultivan esta relación en escenarios de formación, investigación y extensión.

Co-construcción como estrategia de cuidado

Materializar el cuidado en la relación profesor-estudiante en el contexto javeriano actual nos interpela sobre qué entendemos por cuidado y a quién o a quienes va dirigido. Hay consenso sobre la idea de que cuidarnos significa ser conscientes de la existencia del otro, lo que implica una apertura al diálogo en medio de una relación esencialmente pedagógica, la cual conduce en múltiples direcciones, como acuerdos de clase, didácticas en las que se promueva la participación, y formas de evaluar y retroalimentar. Otro consenso radica en la intención de establecer vínculos entre el profesor y el estudiante. Esto significa que la reciprocidad debe vivirse como un asunto cotidiano, en el que la participación adquiere relevancia.

Términos como *co-construcción*, *ambientes seguros* y *confianza* llevan a reflexiones sobre el respeto que implica la posibilidad de dejar ser y reconocer múltiples caminos para lograr este difícil propósito.

Esto supone retos, entre ellos establecer límites personales e institucionales. Al respecto, aparecen múltiples preguntas: ¿cómo involucrar la mayor cantidad de profesores y estudiantes en esta dinámica?, ¿cómo abordar la brecha generacional?, ¿cómo hacer de la clase un proyecto conjunto?, ¿cómo favorecer la diversidad? Aquí el cuidado toma múltiples dimensiones, pues debe darse desde lo pedagógico, lo personal y lo institucional.

En medio de una sociedad influenciada por la cultura de la inmediatez, es importante enfatizar en el hecho de que la educación es un proceso gradual, que toma tiempo, que se construye poco a poco. En relación con este principio, es pertinente resaltar que el alcance real de la relación profesor-estudiante reposa en la alineación de expectativas. Preguntas tan sencillas como ¿a qué voy a la universidad? y ¿qué espero de ella?, formuladas y contestadas por profesores y estudiantes, como seres individuales, e incluso por la misma universidad, como ser colectivo, deberían permitir esclarecer los límites de la relación entre todos los actores, pues por medio del cuestionamiento autónomo de las expectativas se puede llegar a un área de diálogo colectivo que fortalezca la corresponsabilidad y el cuidado en la relación y que permita llegar a acuerdos concretos desde el conocimiento.

Se reconoce una figura que lidera esta materialización: el profesor, quien con su apertura debe generar espacios para que el estudiante se involucre y asuma una actitud recíproca. Algunas de las tensiones expresadas al respecto fueron ¿cómo abordar la humanidad del otro?, ¿hasta dónde llega el cuidado para que no se desdibuje la relación pedagógica?, ¿cómo adecuarnos y reconocer los nuevos contextos? y ¿quién cuida a los cuidadores?

Esta enorme exigencia conduce a una reflexión sobre el apoyo institucional para reconocer la vulnerabilidad del profesor y darle herramientas para asumir este ejercicio. Se abre entonces la perspectiva de un ecosistema de cuidado como una red que requiere tiempo, im-

plicación afectiva, condiciones y espacios. ¿Cómo nos formamos en el cuidado?, ¿qué nos inspira a cuidarnos?, ¿cómo, a quién y en qué momento cuidamos?

Está clara la existencia de una disposición. La labor pedagógica no se entiende como una relación estrictamente contractual. La lógica del diálogo, como un punto de partida, y la conversación genuina aparecen como una manera de reconocerse y de establecer acuerdos en los que priman las personas con sus vulnerabilidades y particularidades. Sin embargo, la disposición no es suficiente. Se requiere planear, monitorear y redirigir muchos procesos. En consecuencia, se abre un camino que tanto profesores como estudiantes deben recorrer, considerando que se trata de un proceso amplio, continuo y multidireccional de aprendizajes, que requerirá del debido acompañamiento institucional.

La incidencia de las realidades institucionales, socioeconómicas, ambientales, culturales, espirituales, de género y políticas en la relación profesor-estudiante

En el marco de la pregunta ¿cómo las realidades institucionales, socioeconómicas, ambientales, culturales, espirituales, de género, políticas, entre otras, inciden en la relación profesor-estudiante en la Pontificia Universidad Javeriana?, surgieron reflexiones diversas; por una parte, por la naturaleza de la pregunta y, por otra, por la preocupación de un presente exigente, que nos apela a todos. Por ello, a modo de síntesis tanto de los problemas como de los valores que encontramos en el diálogo diverso con participantes de toda la institución, surgieron preguntas a raíz del mismo problema que se nos planteó. En este sentido, nos preguntamos qué relación buscamos entre profesor-estudiante y en dónde sucede esta relación.

En primer lugar, se trata de una relación académica que se ejerce desde las dos perspectivas, la del maestro y la del estudiante; creemos que el punto de partida de dicha relación debe ser el reconocimiento mutuo de la propia humanidad, de la dignidad de cada persona, pues no podemos agotar la riqueza del reconocimiento de la complejidad de ser humanos en nuestro tiempo. En este orden de ideas, entendemos que el otro punto de partida de esta interacción personal y académica debe ser el reconocimiento de la diferencia, en un tiempo en el que estas se han profundizado. Así, no se trata de invadir intimidades, pero sí

de exigir actitudes y lenguaje inclusivo, no solo de parte de los profesores y profesoras, sino, también de parte de los y las estudiantes.

Acerca de la relación académica entre profesores y estudiantes, se tuvo en cuenta que el 70% del profesorado es de cátedra, por lo cual cabe preguntarse si verdaderamente hay una relación profesor-estudiante o más bien una de cliente-profesor, pues esta realidad institucional afecta dicha relación. De ahí que la relación entre un estudiante y un profesor de planta sea distinta a la que se establece con un profesor de cátedra. También se señaló que la precarización laboral predispone la implicación de los profesores de cátedra en la relación estudiante-profesor, dado que se les exige, sin ofrecerles mayores condiciones, que participen en la formación integral de los estudiantes, que estén actualizados; pero ellos también desean y buscan participar como actores importantes en la universidad, por lo que demandan formación y una mayor pertenencia a la institución.

Otros actores que intervienen en la relación profesor-estudiante son los padres de familia, y es frecuente ver padres preocupados por el proceso educativo de sus hijos, lo cual ha obligado a los profesores a abrir o cerrar sus puertas ante las exigencias de estos. Así, la relación con los padres se ha vuelto una relación tripartita con los profesores. Esta nueva relación: estudiantes-profesores-padres de familia se trajo a la discusión como una forma de clientelismo que se ha venido colando en los últimos años en la relación profesor-estudiante. Se percibe que esta intromisión ha cambiado los valores primigenios de la universidad, es decir, la interacción estudiantes-profesores, pues a los nuevos retos y exigencias mercantiles de la educación se suma el contexto y la realidad familiar, los cuales afectan la relación del estudiante con la universidad, con los profesores, y de la universidad con los padres de familia, y viceversa, ya que estos se ven meramente como clientes y proveedores.

Ahora bien, se discutió la segunda pregunta: ¿dónde sucede esta relación? En la universidad en general y en el aula en particular. A pro-

pósito del trabajo en el aula, de la relación privilegiada que tiene el lugar para el aprendizaje y la enseñanza, tuvimos en cuenta que el propio sistema educativo ha detentado diversas prácticas que afectan la relación profesor-estudiante, como, por ejemplo, la evaluación. Se adujo que el estudiante teme ser evaluado por el profesor y, a su vez, que el profesor teme ser evaluado por su estudiante y por sus pares.

De este modo, el temor se acusó como una gran falencia, así como la falta de diálogo y de escucha en la propia aula de clase. Si bien en la interacción académica hay un reclamo por parte de los distintos actores de participar y dialogar, pues hay temas muy sensibles, como el reconocimiento de la diferencia o el abordaje de los problemas que han aquejado a nuestra universidad y a nuestra sociedad, se manifestó que hay temor a afrontarlos; por ejemplo, algunos estudiantes anotaron que agradecieron a los profesores que se atrevieron a hablar con libertad de las marchas estudiantiles o de los suicidios que, desgraciadamente, tuvieron lugar en nuestro campus. También se anotó que hay reticencia para introducir en el aula temas sobre realidades diversas que nos aquejan, que nos preocupan, aduciendo que puede deberse a dos razones: primero, por el miedo a que parezca que se está haciendo proselitismo en el espacio y, segundo, por el miedo a decir algo incorrecto. Por otra parte, la resistencia a la diferencia misma, a la diversidad de perspectivas, está igualmente presente, pues se teme atentar contra la individualidad y, además, porque las exigencias de un presente que se mueve tan rápido son vistas con cautela. A partir de cómo el miedo es un factor incisivo en la relación profesor-estudiante se llegó a reflexiones sobre cómo este puede ser una máscara para la ignorancia. Sin embargo, la ignorancia pone sobre la mesa las propias resistencias: sesgos, estereotipos, prejuicios, que operan en la forma en la que se desarrolla el vínculo por ambos lados. Dado que el presente nos apela, creemos que el diálogo y el cultivo de actitudes de apertura y de reconocimiento

de las personas sería una manera razonable y académica de sortear las diferencias que nos alejan.

En los contextos educativos actuales se ha vuelto una necesidad, un imperativo moral, pertenecer a algún grupo o etiquetarse con una denominación, cuando lo que se debe buscar es la pluralidad. La universidad necesita avanzar hacia la pluralidad, al respeto a la diferencia y a la diversidad, pues todavía es común que se discrimine por factores como la religión, la etnia, el género y la orientación sexual.

Esta expresión y reconocimiento de las diversas formas de pensar y de actuar enriquece nuestra cultura, y, particularmente en la universidad, la formación de personas que puedan convivir en y para la diferencia.

El pluralismo se construye con las personas que tengo a mi lado, estableciendo relaciones constructivas que permitan comunicarme y conversar a pesar de las diferencias e identificar y superar prejuicios y estereotipos. Se conversa para construir la pluralidad y para establecer las necesidades y expectativas que cada grupo diferenciado tiene. Este diálogo y valoración de las diferencias implica también el respeto por las identidades de los demás, por la convivencia pacífica y la reciprocidad.

Reconocemos la necesidad de fomentar una pluralidad efectiva; es decir, de buscar que realmente encontremos la manera de visibilizar los sesgos para poder acogernos en nuestra diferencia y nuestras disensiones.

En torno a la diversidad se adujo que en la universidad hay diferencias entre facultades y disciplinas, pues se ha notado cómo hay actitudes entre ciertas facultades que promueven la segregación, la exclusión o la discriminación, actitudes que son estructurales e históricas; en contraste, hay otras facultades cuyos saberes hacen que estas sean más comprensivas, abiertas y tolerantes ante las diferencias. Esto se debe también a la diversidad de sensibilidades. Todos debemos sentirnos llamados a responder con un cambio profundo a las nuevas necesidades de formación humana y académica de nuestro estudiantado, pero, también, de nuestro profesorado. Creemos que esta exigencia es

la tarea que nuestro propio presente en nuestra universidad nos pide llevar a cabo. Sugerimos que el punto de partida sea el diálogo y la escucha para el reconocimiento de nuestras propias dificultades, quizá es el único camino para lograr formarnos todos para el mundo de hoy; trabajar para no tener miedo a la diferencia, pues el pensamiento se construye en ella.

A propósito de las realidades de género, si bien se reconocen protocolos de atención (de violencia sexual, de salud mental, de discriminación, entre otros), se percibe una falta de comunicación de estos, lo que hace que el conocimiento sobre qué hacer en ciertos casos se diluya. Además, tampoco parece haber garantías para la aplicación de dichos protocolos, lo cual también genera temor.

También se discutió la influencia de la cultura machista en la universidad y se puso como ejemplo la ausencia de autoras en las listas bibliográficas de los cursos, así como también diversas actitudes y el trato entre las personas.

Con respecto a las realidades socioeconómicas, algunos estudiantes manifestaron que el acceso a la universidad tiene que ver con el mantenimiento de las personas, algunas de las cuales no pueden ni costearse un café en la universidad, pues las cafeterías son caras y no dan abasto; los precios de las cafeterías influyen en la confianza.

Expresaron también que podría pensarse en una flexibilización curricular, ya que en la carga académica establecida una matrícula corresponde a 20 créditos, que en promedio puede llegar a 22; al respecto, se sugirió la posibilidad de pensar en una suerte de bolsa de créditos, de tal manera que, si se pagan los 20 créditos y se quedan debiendo, se puedan tomar los créditos del próximo semestre, pues la universidad es un medio ambiente complejo que vende mucho más que créditos. Podría también pensarse en agregar una escala intermedia en las matrículas. Por esta razón debe exigirse calidad y corresponsabilidad a todos: directivos, administrativos, profesores y estudiantes.

En suma, en estas confluencias de reflexiones se hace un llamado a un tránsito del mero respeto y la tolerancia al cuidado recíproco. Dado que reconocemos que todos pasamos por un cierto temor, que en cierta medida se ve motivado por el presente mismo, con sus afanes y sus avatares, debemos buscar espacios seguros de cuidado mutuo en los que se reconozcan dichos miedos y la pluralidad de contextos que ya están presentes en la universidad. Por ello, creemos que se puede apelar a la renovación y a una nueva comprensión de lo que significa la formación integral en nuestra universidad, que comprenda tanto a los estudiantes como a los profesores. El punto de partida de esta renovación puede ser regresar y traer a nuestro tiempo y a nuestro múltiple modo de ser y de estar en la universidad y en nuestro mundo la pedagogía humanística y la formación ignaciana, con miras a cultivar en nosotros el reconocimiento, la humildad y la empatía, que creemos que el presente mismo nos exige; los estudiantes piden que haya más diálogo y espacios de formación que vayan más allá del aula de clase.

Finalmente, creemos que la Pontificia Universidad Javeriana tiene una ruta clara, pero que hay que buscar caminos que cuenten con la comunidad para que juntos veamos cómo podemos transitarlos.

Relatores

Jorge Enrique Álvarez, Laura Sofía Ángel Arciniegas, Ricardo David Barrera Ramos, Lope Hugo Barrero Solano, Santiago Bernal Moreno, David Botero Keep, Mónica Ilanda Brijaldo Rodríguez, Johanna Burbano Valente, Fabiola Cabra Torres, Marisol Cano Busquets, Isabella Cartagena Alvarado, María Cristina Conforti Rojas, Isabel Cristina Cuéllar Ríos, Danna Guzmán Gómez, Irene López Londoño, Tania María Camila Luna Blanco, Alexandra Martínez, Sebastián Martínez Durán, Olga Lucía Ospina Ramírez, P. Mario Alberto Rivera Álvarez, S. J., Tatiana Rojas Ospina, Sandra Patricia Romero Velásquez, Claudia Liliana Salamanca Sánchez, Adriana María Salazar Sierra, Lilian Torregrosa Almonacid, Alba Alicia Trespacios Rangel, Daniel Santiago Vargas Roncancio, P. Nelson Alonso Velandia Heredia, S. J., Antonio Zapata, María Lucía Zapata Cancelado

Hemos entrado en contacto, a lo largo de este documento, con múltiples voces que se han expresado en una universidad que conversa y que escucha en torno a la relación profesor-estudiante, núcleo fundamental de nuestro proyecto educativo.

El diálogo es el elemento constitutivo de una comunidad académica, por su capacidad de crear lazos en el tejido social y de profundizar en los vínculos de pertenencia. Discernir en común implica pensar desde el encuentro, la escucha y el cuidado del otro. Aprender a leer los signos de los tiempos, y hacerlo en una conversación en la que participan los actores centrales del asunto que nos convoca —profesores y estudiantes—, se convierte en el elemento que ilumina el camino hacia el futuro.

Una de las improntas de la XV Jornada de Reflexión Universitaria de 2023 fue el hecho de que nos reunimos para conversar, lo que da testimonio de una cultura universitaria forjada desde la participación, la escucha y el diálogo.

Esta publicación recoge los documentos introductorios de la jornada y los textos cuyo elemento propiciador fueron cinco preguntas construidas de forma colectiva —en un ejercicio de reflexión compartida sobre cómo estamos viviendo, qué desafíos se nos presentan y cuáles son los horizontes de la relación profesor-estudiante en nuestra universidad—; ellos reconocen tanto la diversidad como lo común que motiva nuestro actuar cotidiano y que nos anima a continuar la conversación y a abrazar las distintas dimensiones de la formación integral en un contexto de múltiples cambios sociales, políticos, económicos, ambientales, tecnológicos, culturales y comunicativos, que inciden en la educación superior y que le demandan transformaciones.

Con base en estas páginas, valiosas por la polifonía que expresan, hemos propuesto ampliar la conversación y pensar en común sobre este tema, y por eso queremos invitar a las facultades de la universidad a que, desde su especificidad, diseñen espacios y contextos que convo-

quen nuevas voces y que propicien la vinculación de grupos plurales de estudiantes, profesores de planta y de cátedra, e integrantes de los equipos administrativos.

El valor y la pertinencia de esta propuesta de conversación y escucha como forma de consolidación de la comunidad educativa javeriana fueron destacados por el Consejo de Regentes y por el Consejo Académico de la Universidad, cuando se les presentaron los resultados de la XV Jornada de Reflexión Universitaria de 2023. Pensar la relación profesor-estudiante desde la escucha, el encuentro y el cuidado del otro nos da un marco para la reflexión y orienta lo que daremos como respuesta; algo fundamental para el diseño de la planeación universitaria, que iniciaremos en el 2024.

